

## **CLAUSURA DEL ACTO DE RECEPCIÓN COMO ACADÉMICO DE HONOR DEL EXCMO. SR. D. PABLO GARCÍA BAENA**

---

ÁNGEL AROCA LARA  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Casi cumplido abril, cuando las albas estrellas del azahar –ya agónico su aroma– tapizan empedrados en los patios de Córdoba, esta Academia nuestra, que nació con vocación literaria, que alineó entre los suyos al romántico Duque y defendió con ansia la memoria de Góngora cuando muchos le tachaban de vergüenza del idioma, se ha honrado recibiendo como Académico de honor a Pablo García Baena. Felicitamos y damos nuestra alborozada bienvenida al recipiendario conscientes de que su nombramiento ha de ser fuente de prestigio para ésta, su Academia.

El no es –huelga decirlo– un poeta de tantos ni un cordobés cualquiera. La crítica es unánime al elogiar su labor literaria que, entre otros, ha merecido premios tan importantes como el “Príncipe de Asturias” o el “Andaluz” de las Letras. Es Hijo Predilecto de Andalucía y de Córdoba, cantor apasionado e insuperable del Sur y de esta ciudad, su patria.

Pablo García Baena, ha dicho de ese otro gran cordobés que fuera Julio Romero de Torres:

“La pintura era *fauves*, era Kandisky, era Giorgio de Chirico.  
Pero él era sólo su ciudad y le bastaba  
verdecer en las cales juderías a Leonardo”.

Entre una crítica miope y absurdamente confabulada en reducir la obra de Julio a los estrictos límites de un regionalismo de corte folklorista, se alzó la voz clara y rotunda de Pablo –y es que la verdad siempre estuvo con los poetas– para poner las cosas en su sitio. No me cabe duda de que en esta feliz interpretación del quehacer artístico de “nuestro inenarrable Leonardo cordobés” hay un poso autobiográfico. Sólo quien conoce y ama profundamente esta ciudad y ha puesto todo su talento a su servicio, puede advertir con tanta nitidez el estrecho maridaje entre Córdoba y Julio Romero de Torres.

Efectivamente, tal como le ocurriera al pintor de “La Musa Gitana”, la historia de Pablo García Baena es la historia de su febril amor por Córdoba y sus versos son hijos del gozo y del dolor que le produce su “rincón nativo”. Desde su adolescencia —ya lo dijo Juan Bernier— “todo Pablo estaba lleno de Córdoba y Córdoba era su universo”.

Nació el nuevo Académico de Honor para gloria de la poesía y de esta ciudad, en la que la Naturaleza, el Arte y la Historia han compuesto un poema inmarcesible, el día 29 de junio de 1921. Fue inscrito en el registro civil como Rafael y, al bautizarlo en San Andrés el 11 de septiembre, le agregaron los nombres de Pedro y Pablo, si bien, finalmente, el de Tarso logró imponerse con la vehemencia del converso reciente, eclipsando al papa primigenio y al Custodio de Córdoba.

Creció correteando por las calles y plazas de la que fuera corte de los Omeyas —Realejo, Santa María de Gracia, Monteros, Orive, Villalones, Hinojo, Beatillas, Pozanco, Huerto Hundido...—, empapándose de ella cuando es más receptivo el ser humano y aprendiendo a amarla cuando, incluso por mera cuestión de capacidad, puede calar más hondo un sentimiento.

El paso de los años y la incuria del hombre —¡Ay de Santa María de Gracia!— han desfigurado aquella Córdoba idílica que sigue llenando el corazón de Pablo. “A mí me gustaría vivir —alguna vez lo ha dicho— en la Córdoba de mi infancia, en la Córdoba que yo quisiera reconstruir, como se hizo con Varsovia después de los bombardeos, que se rehizo toda por grabados de Doré”. Es quizás esta fuerte presencia de aquella ciudad añorada la que ha propiciado que el pacto alcance a recordar con extraordinaria precisión algunos detalles de su amanecer a la vida:

“Yo era entonces un niño, casi un adolescente.

Era el tiempo en que todos recortaban estampas.

Algunos, boxeadores. Otros, sólo volcanes.

Unos Marlene Dietrich era su favorita

que sonreía ambigua fumando entre sus plumas

en un café con nieblas de estación o de puerto.

Recortábamos nubes con la tijera azul

de nuestros ojos limpios y en la clases de Física,

cuando bajo el fanal el pájaro expiraba,

con el mayor sigilo, a través de las bancas

me llegó la postal de una mujer desnuda”.

Ni siquiera la muerte, que ya abrazaba a Marlene, podrá desdibujar en el recuerdo su sonrisa. Ni siquiera la ausencia —interrumpida siempre— ha podido entibiar la gran pasión de Pablo por su Córdoba:

“..... Pero yo te hice mía

Y te muré en diamante, lapidario que talla

en boato palabras para aderezo tuyo.”

El mar, que todo lo devuelve, hasta ese muerto antiguo que ya nadie reclama, un día, mediados los sesenta, nos arrebató a Pablo y lo retuvo; pero ni siquiera las

aguas todas de su inmensidad han sido suficientes para ahogar su añoranza de la sierra de Córdoba:

“Por Escalonias y por San Calixto  
a las primeras lluvias han crecido  
las hierbas  
.....  
Las ciervas ramonean acebuches  
y está la brama resonando fiera,  
en el fragor del monte su sollozo”.

Ni han logrado tampoco enturbiar con espuma de nácar y arenas coralinas su diáfano recuerdo de la Campiña:

“Bajo el ala del ángel, la mañana  
del campo enciende su cirial votivo  
en la amapola y alza en el olivo  
Kiries de alondras a la luz temprana”.

Ni mucho menos diluir la memoria de este río que abriera

“..... su surco de congelado asombro  
.....,  
donde descansa erguida  
la dorada y bermeja palmera de los Mártires”.

Con aquellos otros poetas cordobeses – judíos del Medievo que añoraron Sión–, Pablo García Baena recuerda Córdoba al tibio sol de Málaga y necesita peregrinar a ella con frecuencia. En la fachada de su casa de Benalmádena –las manos tremolantes como alas de paloma, los ojos anegados por el llanto– luce el dolor añil de la Señora de San Jacinto. Ya dentro, los grabados de Acisclo y de Victoria, de Alvaro, del Custodio, de la Fuensanta, de la Virgen de Villaviciosa..., se amontonan sobre la cal de un pasillo, “que intenta ser –él lo ha dicho– imgen de un callejón de Córdoba”. *La Palestra Sagrada* vierte sobre la mesa el marfil de sus años y, en aquel velador, un quinqué de opalina, quizá “la dulce lámpara” que “el dedo sobre el atlas entretenía al muchacho en ilusorios viajes”.

No sé a ciencia cierta, pues nunca sentí la necesidad de preguntárselo, cuáles fueron los vientos que arrancaron a Pablo de su Córdoba. ¿Quiso acaso alejarse por no morir de amor entre sus cales o fue una estratagema para querela más en la distancia?, ¿se fue quizá por conservar intacto el prístino recuerdo de la ciudad perdida de su infancia?.

“Talados los cipreses y su claustro de salmos silencioso,  
destruidos los arcos”

de su Córdoba, seguramente ésta llegó a dolerle tanto que no vio otro camino que sumarse a la diáspora. Se fue para no ver ni oír, pero siguieron:

“abatieron dinteles, picaron tracerías, hundieron hornacinas  
y a la venta pusieron atauriques,  
teselas, surtidores, plata ilustre de ofrendas  
y cobraron monedas de la traición tus hijos,  
subastaron tus lágrimas, oh madre,  
patria mía”.

Y allá, desde la costa, sus ojos perdidos en el mar, siguió llorando el destino de Córdoba:

“Don Luis se alejó por la calleja,  
el Duque miró al ángel dorado del ocaso,  
volvió al baño Lucano y tus hijos  
de la campiña fueron a trabajar a Düsseldorf.  
.....  
mientras te disfrazabas percalinas  
para un siniestro carnaval turístico,  
oh inmortal, eterna, augusta siempre,  
oh flor pisoteada de España”.

Sólo la distancia podría mitigar el profundo dolor que encierran estos versos. Pablo, a la sombra de los jaracandos, ha visto alzarse ese tremendo disparate que es la Costa del Sol, y su corazón de poeta ha soportado a duras penas los ferrados cuchillos de las mil y una torres que ahogan el Mediterráneo, pero le hubiera resultado insufrible de todo punto el tener que vivir día tras día la adulteración de aquella Córdoba añorada de la que, en opinión de Ricardo Molina, él sigue siendo el último ciprés.

La Academia, a la que también le duele Córdoba, desea que su jugosa fronda de verde esperanza siga aguzándose por muchos años en el noble empeño de preservar esta ciudad que, pese a todo, sigue teniendo la armonía como cordaje de sus pabellones y aún se nos ofrece extraordinariamente hermosa, casi pequeña, abarcable, humana, ideal para vivir.